

CARLOS MAÑOSO

*Casi  
noventa*

**JML**  
Libros y Literatura

Primera edición.

Casi noventa.

© 2022, Carlos Mañoso.

© Libros y literatura SL

[www.librosyliteratura.com](http://www.librosyliteratura.com)

[contacto@librosyliteratura.com](mailto:contacto@librosyliteratura.com)

© Corrección: Maribel Abad.

© Diseño de portada e interiores: Marta Fernández.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-125372-3-9

Depósito Legal: A 218 - 2022

*Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.*

*Este viaje está dedicado a mi abuelo Lolo.  
Para que luego diga que no lo saco de casa.*





PRIMERA  
PARTE





## Capítulo 1

Los nudillos se le habían quedado blancos de tanto apretar. Era una sensación nueva, pero a esas alturas todo era nuevo para él. *¿Tendré el nudo de la corbata bien puesto?* Se le dispersaban las ideas y el caramelo que le había dado Javier lo hacía salivar sin control. «Concéntrate, mira al frente e intenta relajarte. El despegue no suele tardar más de dos minutos», le había dicho esa misma mañana.

*Dos minutos, mis cojones.*

Para cuando su mente empezaba a pedir clemencia y sus oídos a pitar, ya se había tragado el caramelo. Los nervios. *Para una cosa que tengo que hacer...* Su cuerpo se hundía en el asiento y la cabeza se le inclinaba levemente. De haber tenido cincuenta años menos, habría destrozado los reposabrazos de tanto estrujar.

De reojo, veía la luz que se filtraba y notaba como el suelo se inclinaba y se alejaba. Le resultaba tan extraño que tuvo que girarse del todo para distinguir lo que estaba sucediendo. *Allá vamos.* Tan pronto lo pensó, volvió a mirar al frente para concentrarse e intentar no marearse más de lo que ya estaba. *No vomites ahora, torero.* En la pantalla apagada que tenía justo delante aparecía su reflejo algo deforme.

Un poco más arriba vio como miles de lucecitas luchaban por llamar su atención. Símbolos extraños que no había visto en su vida. Se fijó en uno que brillaba más que el resto y que sí le era familiar, al fondo. Una pareja, juntos. Se concentró tanto que sus ojos desenfocaron y el rojo creció y, poco a poco, ahogó parte lo que veía. El color parecía una nube que avanzaba, fila tras fila, hacia él, inundando todo a su paso.

Justo cuando la densa nube del infierno estaba a punto de tocarlo, un pitido fuerte lo sobresaltó. La nube desapareció y varias de las luces se apagaron. Soltó el aire despacio y comprobó que su cuerpo ya no le pesaba tanto. Su mente empezó a calmarse. Despegó las manos del asiento y se las llevó a la vista. El blanco desaparecía mansamente. *Primera y última vez.*

Oía risas y movimiento. El avión cobraba vida. Varios pasajeros se levantaron y fueron a la parte de atrás. La gente se movía como si aquello fuera normal, como si todas las semanas volaran. Lolo estaba fascinado. Él apenas estaba recobrando las fuerzas, mientras que el resto tenía cosas más importantes y divertidas que hacer.

Se llevó la mano a la garganta. El nudo de la corbata también había sobrevivido al despegue. *Un domingo más.* Se sentía cada vez más relajado. Deslizó la mano en el bolsillo para buscar su pequeño peine. Se repasó el pelo de forma mecánica y volvió a guardarlo. Una azafata pasaba en ese momento y le dedicó una sonrisa. El viejo intentó devolvérsela, pero ella ya lo había rebasado.

—A usted por lo menos lo ha mirado, amigo.

A su izquierda, al otro lado del pasillo, se encontró una boca enorme y un fuerte acento. *Un cubano.* Sabía que poco podría hacer para pedirle que lo tuteara. *Como Janet.*

—¿Disculpe? —Lolo tardó en reaccionar. Tuvo que masticar la frase—. Ah, sí, bueno, habrá sido la corbata. Los domingos suelo tener más éxito.

—Tengo que empezar a llevar corbata entonces, amigo —soltó su compañero de fila, acompañándose de una larga risa.

Lolo se lo quedó mirando. Debía de rondar los cincuenta, estaba completamente calvo y lleno de pecas rojizas, y tenía unos ojos azules impresionantes. Vestía con un jersey muy fino y apretado, que destapaba más de un secreto reconvertido en kilos.

—Uso la corbata para compensar mi edad. Es un truco muy viejo. —Lolo alisó de arriba abajo su corbata azul con bordados dorados. No era la mejor que tenía, pero era especial.

—¿Primera vez en Cuba, amigo? —Su interlocutor se inclinó hacia el pasillo. Lolo todavía no sabía hasta qué punto oiría esa misma pregunta en los próximos días.

—Primera vez en general —confirmó Lolo.

La azafata los interrumpió mientras recorría de nuevo el pasillo, ahora en sentido contrario. El cubano y Lolo juntaron sus cabezas levemente para deleitarse con la falda azul marino, que se perdía en el horizonte del avión. Se miraron con una sonrisa de complicidad.

—Relájese, tenemos casi diez horas por delante. —El hombre se incorporó y su asiento empezó a reclinarse poco a poco—. Soñaré un rato con mi mujer. Seguro que me está espiando por alguna ventanita de estas. —Le sonrió una vez más y cerró los ojos. Puso los brazos por encima de su tripa montañosa y entrelazó los dedos.

Lolo se quedó extrañado e intentó hacer lo mismo. Empujó con fuerza el respaldo, pero no se movía. Con el segundo intento se quedó sin fuerzas. *No hagas tonterías, Lolo, ya no.*

—Tiene que apretar ese botón de ahí. —Otra voz, española esta vez, le llegaba por su derecha—. O, si quiere, lo ayudo yo, caballero. —Un joven moreno, con barba de pocos días y jersey negro con capucha lo miraba con atención.

—No me llames de usted, que así parezco un viejo. —Con la juventud sí se atrevía a dejar claro el mensaje.

—Perdone... digo, perdona, no pretendía... —El joven fingió sentirse incómodo. Sonreía sin malicia.

—Tranquilo, si en realidad podría ser tu abuelo —replicó Lolo—. Sí, por favor, dime cómo darle a la cacharra esta.

El joven pulsó el botón mientras hacía fuerza con la otra mano para empujar el asiento hacia atrás.

—Listo.

—Muchas gracias, esto es otra cosa.

*Nada como el sillón de casa, aquí estoy empaquetado.*

Lolo intentó estirar la pierna izquierda por el lateral del pasillo. Le dolía la rodilla y no encontraba una buena posición. *En el autobús de Cevesa voy mejor que aquí y mucho más barato, hay que joderse.* El dolor de la pierna lo hizo acordarse del bastón, que estaba arriba, junto a su maleta. Tenía ganas de cogerlo, pero le volvió a la mente la imagen de la azafata cuando le había sugerido la idea de viajar con él colgado del enganche que tenía delante. «Eso es para sujetar la mesa, caballero. No puede dejarlo ahí. Debe estar en el compartimento superior, por seguridad». Había dejado que la azafata le quitara el bastón, ya que, en aquel momento, tenía algo más importante en que pensar. *¿Cómo coño va a ser eso una mesa?*

Aún con la mano en la rodilla, intentó dormir algo, pero estaba incómodo. *Esto se puede caer en cualquier momento y nadie se enteraría.* El ruido constante, aunque leve, no lo dejaba tranquilo. Parecía una cafetería del pueblo: el mismo jaleo, risas, conversa-

ciones... Aunque reclinado, miraba hacia la fila de delante y los dos de atrás. Había gente de todo tipo; no sabía decir quién era cubano y quién paisano. Intentaba afinar el oído para distinguir alguna conversación. Los ronquidos de su compañero de fila ya se perfilaban amenazantes. *Cualquiera cierra el ojo ahora, con esta cantinela.*

Intentó pensar en Javier. En el abrazo. También en su vuelta al pueblo. A esas horas ya habría recorrido los ciento noventa y cuatro kilómetros de regreso. Esperaba que intentase hacerse a la idea. Se lo imaginó conduciendo, reduciendo la velocidad al entrar en el pueblo, pasando la gasolinera, el cuartel, la avenida, el supermercado, la estación de autobuses, el castillo, la panadería, la calle Mayor, la plaza, la iglesia, el puente viejo y la alameda con el río. Se imaginó todas esas cosas maravillosas, despidiéndose por segunda vez en su cabeza.

Un fuerte dolor a la altura de la cintura lo atropelló de pronto. Se inclinó y un pequeño gruñido asomó entre sus labios. Contó hasta diez y se incorporó. El asiento abatido no ayudaba.

—¿Lo ponemos recto otra vez? —El joven parecía leerle el pensamiento.

—Sí, por favor —gimió Lolo intentando adoptar un tono de voz firme.

El joven volvió a apretar el botón y colocó el asiento. Miró a Lolo unos segundos, preocupado.

—El baño más cercano es el de atrás, por si quiere ir. —Segundo pensamiento leído. *Increíble este chaval.* Lolo se incorporó, pero le llevó más tiempo del que había pensado.

—Creía que ya habíamos pasado la fase del usted. Llámame Lolo, anda.

—Lolo. Perfecto, entonces —le respondió el joven mientras le regalaba una sonrisa.

Desenganchó el cinturón con facilidad, tal como había aprendido antes de despegar. Se levantó lentamente, apoyándose en los cabeceros de los asientos. *El bastón, cago en diez.* Al avanzar sorteó el cabecero del cubano, que seguía reclinado, roncando con una sonrisa picarona. *Soñando con su mujer, seguro.* Continuó avanzando mientras veía como la mayoría de los pasajeros lo miraba con curiosidad. Llegó a la parte de atrás, no había más pasillo. Estaba perdido. La agradable azafata que le había quitado el bastón le indicó el baño, sin apenas prestarle atención conforme metía una bandeja en un compartimento de metal.

Necesitó varios intentos para comprender cómo se abría la puerta. Para su sorpresa, el baño era enano. Entró de un solo paso y cerró la puerta y el pestillo. Aunque casi no tenía espacio, se sentía mejor ahí dentro, sin gente. Se miró al espejo un rato largo. *Aguanta, torero.* Se lavó la cara para refrescarse un poco. Cogió varias toallas de papel, se secó y las tiró a la papelera. Giró sobre sí mismo e hizo pis. *Aquí Janet no me puede echar la bronca.* No consiguió tirar de la cadena. *¿Dónde cojones...?*

Abrió la puerta y se topó de frente con una mujer que quería entrar. Lolo sonrió tímidamente, intentando no parecer culpable. La dejó pasar y enfiló el pasillo mientras le llegaba su voz, con alguna que otra maldición y un sonido como de cohete en el espacio. *¿Y ese ruido?*

Volvió a su asiento y dejó caer todo su peso en él. *Aquí me quedo.*

—¿Huele eso, amigo? —Su compañero de fila se había despertado y miraba hacia el final del pasillo, donde dos azafatas repartían bandejas que sacaban de un carrito—. Espero que no sea pollo y arroz. —Su risa volvió a inundar medio avión.

—¿Eres de los que se despiertan primero con la nariz y luego

con el ojo? —Lolo ya lo tenía medido. A su edad no era tan diferente.

—Siempre, amigo. No es fácil mantener esto. —El cubano se dio un par de golpes en la tripa mientras soltaba otra carcajada. *A este tío se le oye reír desde el aeropuerto.*

—No quisiera que tu estómago respirase miseria, te puedes comer mi comida entera, que hoy no tengo hambre —le dijo Lolo.

—Con esa actitud no durará mucho en mi país, amigo. Coma algo, que nunca se sabe qué puede pasar en el futuro. Hay que aprovechar cada comida, cada minuto.

*Ni que lo digas.*

Estaban tardando una eternidad, se paraban casi dos minutos enteros por fila. Aunque los movimientos eran mecánicos, había demasiada gente. *Lo mismo no hay para todos y aquí el amigo me come un brazo.* La comitiva se estaba acercando. Lolo estaba fascinado por cómo encajaba todo en el carrito. Todo estaba medido, todo tenía su sitio. Las bebidas arriba y la comida abajo, en bandejas. *Con un par de estos en el bar habría sido otra cosa.*

Llegaron hasta él. El cubano se adelantó y pidió vino para beber y «Pollo con arroz, por favor».

—Al menos no es arroz con pollo. —Su voz saltaba hacia él desde el otro lado. Su risa lo traspasaba directamente.

Le dieron su comida y repartieron también la del resto de su fila.

—Tenemos pollo con arroz o pasta con verduras, caballero. —Le había llegado el turno a Lolo.

—Me da igual. —No tenía nada de hambre—. Bueno, no, póngame pollo con arroz, que alguien se lo comerá. De beber, zumo de naranja, por favor. *Gratis.*

—¿Y ustedes? —La azafata se dirigía al joven de su derecha.

—Yo lo mismo que Lolo —respondió este guiñándole un ojo—. Y para ella la pasta con verduras y un vino tinto, por favor.

Al pasarle las bandejas, Lolo se percató por primera vez de la joven de al lado. Una chica muy guapa, rubia y con una sonrisa muy agradable. *Vaya con el pirata este*. La muchacha se apartó los auriculares para darle un sorbo al vino.

—Al menos el postre es de chocolate —dijo la chica mientras destapaba la pequeña bandeja de aluminio. Lolo se fijó en un cuadradito de chocolate, metido dentro de un plástico redondo. Cogió el suyo y se lo pasó al joven.

—Ten, dáselo a la moza y ya verás cómo triunfas —dijo en voz baja y mirando al frente, como si fuera un espía.

—Con este postre ya es mía para siempre. —No paraba de sonreírle—. Muchas gracias, Lolo. —El joven le pasó el regalo a su novia—. De parte del caballero de la mesa cuatro. —La chica se quedó dos segundos contemplando el postre en su mano. Una sonrisa floreció en su rostro. Se inclinó hacia delante para ver bien a Lolo.

—¿Está usted seguro? Me iba a comer el de mi novio de todas formas —comentó con un acento ligeramente andaluz mientras le daba un codazo al joven.

—Segurísimo, estoy cuidando la línea —le respondió Lolo complacido.

La joven inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y se terminó su vino. Lolo dejó de mirarla y, con el rabillo del ojo izquierdo, observó al cubano, que estaba atento a su bandeja. *Este va a reventar*. Sin mediar palabra se la pasó, y este la puso encima de la suya, sin rastros ya de comida. *Qué velocidades*.

—Pollo y arroz también, muy buena elección, amigo. —Se llevó la mano al corazón, agradecido—. Hoy comparte su comida conmigo, mañana la compartiré yo con usted.

Esta vez no dejó escapar ninguna risa, parecía una verdadera

señal de respeto. Lolo se quedó callado. Lo observaba mientras comía. Lo hacía sin pensar, sin saborear nada. *Este hombre ha pasado hambre en algún momento de su vida.* Le dio un sorbo al zumo y se concentró en el murmullo general del avión.

Las voces de alrededor empezaban a menguar. *Muchos ya están de vacaciones. Ida y vuelta.* Lolo estaba algo más sosegado. La emoción del principio había dejado paso a cierta tranquilidad. Estaba donde quería y eso era lo más importante. Unas pocas horas antes vivía en su casa, en su pueblo, en su mundo. Y ahora un océano entero lo separaba de todo aquello.

Llevaba un tiempo arrastrando una mezcla de angustia, tristeza y ansia. *Un paso más.* También tenía miedo. Miedo por sus limitaciones. En otra época y circunstancia esta sería una aventura para recordar y contar en la plaza del pueblo. Pero ahora no tenía mucho tiempo.

Las azafatas volvieron para recoger las bandejas. Esta vez sí iban rápido. *Seguro que para cobrar también.* La azafata se extrañó al ver que Lolo no tenía la suya.

—La tengo yo, señorita —señaló rápidamente el cubano—. Decía que lo molestaba y se la he cogido yo. —Ahora sí, su risa estaba de vuelta. La azafata no pilló la broma ni abrió la boca. Recogió sus bandejas y alargó los brazos para llevarse las de los vecinos de Lolo.

—Te has perdido una buena comida, Lolo. Al nivel de Cañadío —dijo el joven.

—Y el postre sabía a los de Mamá Framboise, por lo menos —añadió la chica, asomando primero su acento andaluz, luego la cabeza y más tarde su belleza.

—Claro que sí, me alegro, parejita. —Le caían bien los chavales, aunque no los entendía del todo. Puso cara de póquer, la que siempre le había funcionado en el pueblo para salir airoso

de muchas situaciones—. Lo importante es que estéis contentos, vete tú a saber qué comidas os darán cuando lleguéis. Miedo me dan estos cubanos —sentenció para desviar un poco el tema. La pareja se rio y siguió a lo suyo.

Desde donde estaba, vio como los brazos de la chica volvían a conectar el cable de los auriculares al borde de la pantalla. Se fijó en la suya. Recordó que a él también le habían dado unos cascos que rápidamente había guardado en el bolsillo del asiento, bajo la mesa. *Una mesa aquí, de locos.* Los cogió y arrancó el plástico. Se los puso y, con la punta del cable, buscó el agujero. Una vez enchufados, esperó. La pantalla estaba oscura. No se movía. Esperó otro minuto. Miró a la derecha, justo para ver como un brazo se estiraba y presionaba un botón. *Es increíble, está en todo.*

—Para encender la pantalla le das a este botón. —Con soltura, el joven le explicó las opciones que tenía la pantalla y todo lo que podía ver o hacer. *Tendrá una de estas en casa.*

—Ponme alguna de vaqueros, alguna buena. —Lolo ya se animaba al ver todo lo que había dentro de la pantallita. El joven murmuraba «Vaqueros, vaqueros», mientras tocaba muchos botones en la pantalla. Tras un minuto buscando, pulsó una vez más.

—Esta es la única que hay del estilo. Se llama *Los odiosos ocho*, de Tarantino. No sé yo si te va a gustar, hay mucha sangre —dijo, poniendo morros—. ¿Has visto alguna de Tarantino?

—Ni Tarantino ni Tarantina, tú dale a la cacharra esta. Las de vaqueros son todas iguales.

—No sé yo... —El joven apretó el botón y dejó tranquilo a Lolo. Enganchó también sus propios cascos y toqueteó varias veces su pantalla. *Lo veo algo flojo a este, seguro que se pone alguna romántica.*

Lolo se concentró en la película para olvidarse del resto del

avión y del mundo. Durante los primeros minutos esperaba ver algunos tiros, pero nada. *Qué película más rara, mucho palique y poca acción. Y decía que había sangre...* Intentó concentrarse y concentrarse, pero nada. La película no lo enganchaba, solo había diálogos y nieve. Pronto se quitó los cascos y miró a su acompañante. Este ya lo estaba esperando, con uno de los auriculares en la mano y una gran sonrisa en medio de la barba.

—No todas las de vaqueros son iguales, ¿a que no? —dijo el joven mientras pausaba su película—. Déjame que te busque otra cosa. —Sin esperar réplica, empezó a tocar su pantalla con una rapidez admirable. Lolo no prestaba atención ni a lo que hacía ni a los dedos, que se movían como los de un pianista. Lo miraba a él. Notaba su concentración. *Parece un buen chaval.* Le asomó un gesto de satisfacción—. ¿Qué tal esto? —dijo, señalando la pantalla.

Lolo se acercó para ver mejor el título de la película: *El chico*, de Charles Chaplin. La imagen del cartel le sonaba de algo, parecía muy antiguo. En él aparecía un hombre vestido de negro con un sombrero corto y bastón, junto a un niño con la cara sucia. Se resignó. *Le daremos una segunda oportunidad.*

—Pues *El chico*, entonces. Dale. —Lolo se acomodó en su respaldo y se colocó de nuevo los auriculares.

—La película tiene casi cien años. —El joven pulsó un último botón y el sonido arrancó. *Por lo menos no soy lo más viejo de este avión.*

Ahora sí, la película lo atrapó. Le sorprendió que fuera muda, pero lo disfrutó aún más que cualquier diálogo. *No como la del Tarantruño ese.* El ritmo era frenético y el niño maravilloso. El del bigote le hacía mucha gracia y lamentó no conocer a ese actor. Le hacía tanta gracia que se le escaparon varias lágrimas. *Demasiadas emociones hoy.* Una y otra vez, de manera refleja,

metía la mano en el bolsillo para coger su pañuelo de seda. *Me lo he dejado en la maleta, cojones.* No quería ni sabía parar la película, así que continuó secándose más de una vez los ojos con el dorso de la mano.

La historia lo conmovió tanto que le hizo olvidarse de lo que lo había llevado hasta allí, lo transportó a su vida en el pueblo, a los niños que jugaban en las escuelas, a las risas a las once y media de la mañana, la hora del recreo. Cómo revoloteaban por las pistas de fútbol y baloncesto y por la arena. Todas esas imágenes le venían ahora a la cabeza, consciente de la poca atención que les había prestado durante los últimos años. *Al menos un niño hubiera estado bien.*

Las imágenes se sucedían de delante atrás. Ahora él tenía treinta y tres años, estaba con Lucía, ella lloraba y lloraba. Dejaban el hospital y se metían en el coche rápidamente, al tiempo que una fría lluvia los despedía. *Ni un solo niño.* El coche arrancaba y enfilaba la carretera, la Nacional 110, rumbo a casa. *Solo dos.* Tras poner la última marcha, cogió la mano de su mujer. «No pasa nada, Lu. Estamos tú y yo».

Más imágenes. Tenía sesenta y ocho años, vestía un traje oscuro, llevaba una urna en las manos. Ahora era él quien lloraba mientras leía el nombre de su esposa. Estaba solo, hacía calor y el nudo de la corbata le apretaba.

Los auriculares dejaron de sonar. El ruido del avión lo invadió de nuevo. La película había acabado. Se llevó las manos a la garganta una vez más, comprobó el nudo de su corbata azul y dorada. Miró a su derecha y vio como el joven se giraba, levantando el pulgar con cara de satisfacción e interrogación. Lolo sonrió.

Volvió a meter la mano para coger el pañuelo. *Que no, que está en la maleta.* Se sentía raro sin él, siempre lo llevaba en el bolsillo, pero con las prisas, el control de seguridad, el bastón... *Joder, el bastón.* Decidió incorporarse y se levantó tras tomar impulso.

Miró el compartimento de las maletas y tiró de la manilla.

—Deje que lo ayude, amigo. ¿Qué necesita? —El cubano ya estaba de pie junto a él—. ¿Algo de la maleta? ¿Cuál es? —Lolo acarició un segundo el bastón, que asomaba un poco, como si fuera un amuleto de la suerte. El simple gesto le daba algo de energía y, sobre todo, seguridad.

—Esta de aquí, por favor. —El cubano se puso delante y desencajó la maleta un poco—. Es suficiente, gracias. —Lolo se puso enfrente y abrió la cremallera hasta la mitad, levantando la parte de arriba. El cubano se acercó y le sacó un poco más la maleta para ayudarlo. Una caja de madera, pequeña, de color caoba, asomó por un lado.

—Amigo, no ha llegado a La Habana y que ya tiene su tabaquito preparado —dijo el cubano, extrañado—. ¿Son cubanos? Por la caja parece que sí.

—No son puros. —Lolo cerró la cremallera de golpe, algo avergonzado. El cubano se apartó medio metro de él. *Menos mal que la caja no se ha abierto.*

—Sin problema, amigo —repuso el cubano enseñando las palmas, sin perder la sonrisa.

Lolo abrió el bolsillo pequeño de la maleta y encontró el pañuelo. Volvió a cerrar la cremallera. El cubano esperaba. *Solo quiere ayudar.* Lolo se apartó y lo dejó volver a meter la maleta hasta el fondo. Cerraron la puerta del maletero. Lolo volvió al asiento y se metió el pañuelo en el bolsillo. El cubano también se sentó, lentamente, mientras miraba a Lolo.

—¿Todo bien, amigo?

—Sí, todo bien. Te agradezco la ayuda —respondió Lolo. Lo observó—. En esa caja llevo una vida entera. —El cubano asintió y cambió de tema.

—Amigo, ¿qué va a hacer en La Habana cuando llegue? ¿Alguien lo espera?

—No me espera nadie, mi idea es coger un taxi e ir al hotel Florida. Tengo las señas escritas en un papel. Un amigo me ha hecho una reserva, dice que está muy bien.

—No, no, no, amigo. —El cubano movía la cabeza de lado a lado—. En ese hotel no va a disfrutar y le van a cobrar muchos dólares. Lo llevaría a mi casa, pero no tenemos sitio. Tengo a mi mujer, nuestro hijo, su mujer, su hijo, mi hermano y seguramente algún amigo más. La familia al completo —dijo mientras volvía a la carga con su risa—. Para vivir La Habana tiene que hacerlo en una casa de verdad, nada de hoteles, amigo. —Se puso serio.

—Es que no sé ni los días que me voy a quedar. Una vez en La Habana quiero ir en taxi a Trinidad.

—Amigo, amigo, amigo. Usted tiene mucha prisa, antes de ir a Trinidad tiene que conocer mucha Cuba. ¿Cuántos días se queda? —preguntó.

Lolo no supo qué decir. Lo había pillado de sorpresa. *Es una buena pregunta.*

—Seguramente pocos —dijo sin atreverse todavía a verbalizar nada más.

—Pocos o muchos, tiene que vivir la auténtica Cuba. Le propongo algo, amigo. —El cubano se incorporó, contemplando a Lolo—. Voy a hacer que disfrute de la Cuba auténtica, que se lleve un buen recuerdo. Tengo una buena amiga a la que puedo llamar cuando lleguemos. Tiene una casa de hospedaje cerca de la mía. Lo llevaré ahí, le hará un buen precio, y mañana lo acompañaré a dar una vuelta por La Habana Vieja, más vieja que usted. —Antes incluso de acabar su chiste ya se estaba riendo de nuevo.

Lolo se quedó pensativo. En cualquier otra circunstancia habría dicho que no sin pestañear, pero ahora todo era distinto. Aunque le quedaba poco tiempo, se sentía con energías renova-

das y quería disfrutar algo de la vida. *La vida.*

—Antes de que diga nada —habló de nuevo el cubano, cortándole los pensamientos—, quiero que sepa que da igual el motivo por el que haya venido. Si es su primera vez o incluso su única vez en Cuba, tiene que vivirla. Deje de pensar tanto, empiece a disfrutar. Cuba es vida, y a Cuba se viene a vivir, amigo. Y, además, yo seré su guía. Le costará solo una comida, y ya sabe que como poco —terminó con una carcajada.

Lolo lo miró con otros ojos. Se contagió de su sonrisa, aunque era otro tipo de sonrisa, una de las que mezclan mil emociones a la vez. Una de las que dicen mucho.

—No viajo a Cuba precisamente para vivir —dijo, masticando cada palabra—; pero acepto el trato..., amigo.

*Un paso más.*

